



Aparato para hacer creer á las gentes que se
tiene lacayo.

—Padre, la luna debe ser muy avara ó muy pobre.

—¿Por qué?

—Porque nunca tiene más que cuartos.

Un muchacho seguía en Madrid la carrera de Leyes, que le costeaba un tío suyo, residente en un pueblo de la Rioja: tenía ya tan cansado con sus peticiones de dinero, que últimamente resolvió no contestar á ninguna de sus cartas.

En tal situación, el sobrino hizo que le escribiese un compañero suyo noticiándole su muerte, y pidiéndole con tal motivo cierta cantidad que se suponía gastada en médico, botica y entierro.

Alarmado seriamente el tío se presentó en Madrid sin previo aviso, acusándose de no haber hecho más caso de su sobrino, y suponiendo que había muerto en la miseria.

Juzgue el lector cuál sería su sorpresa al ser recibido por el mismo á quien suponía ya pudriéndose en el cementerio.

Conociendo el lazo que se había tendido á su credulidad, encaróse con el muchacho, diciéndole:

—¡Hola! ¿Así las gastamos? Pues busca quien te pague los gastos del entierro cuando te mueras formalmente.

—¡Apostamos á que cree Vd. que estoy vivo!— exclamó el muchacho sin saber lo que decía.

—¡Cómo! ¿De veras?—preguntó el tío aterrado.

—¡Justamentel ¡Cómo quiere Vd. que viva el hombre que hace dos meses está sin un cuarto!



—Las chuletas están detrás de la lista.

—¡Ya no me quieres!—decía una jóven á su marido, haciendo por sollozar.

—Pero mujer, ¿por qué dices eso?

—Porque el año pasado me abonaste en la Zarzuela á turno diario, y este año lo has hecho á turno par.

—Pues querida esposa, si continúa mi cesantía

vas á creer que te aborrezco, porque entónces tendremos que trasladar el abono á San Bernardino.

DON MODESTO.

La historia que voy á contaros es sencillísima á más no poder.

No hay en ella escenas dramáticas, ni cuchilladas, ni adulterios, ni envenenamientos; nada, en fin, de eso de que tanto abusó en otros tiempos la escuela romántica, ni tampoco de lo que hoy hemos convenido en llamar realismo.

Por consecuencia, la jóven más pudorosa y el niño más inocente y cándido pueden leer estos renglones.

Yo soy así; cuando me pongo á escribir lo hago de modo que las buenas costumbres y la moral no tengan que decir esta boca es mía.

Basta de prefacio, y entremos en materia.

Voy á hablaros de D. Modesto.

Ya veis que hasta el nombre del protagonista huele á inocencia y virtud, por más que el hombre más vicioso é inmoral pueda llamarse tambien Modesto.

Pero no, no lo era el personaje de quien voy á ocuparme; no tenía en sus cincuenta años nada malo que reprocharse: habia vivido siempre como las palomas, esto es hablando metafóricamente, porque ya comprendereis muy bien que el individuo en cuestion no volaba, ni comia algarroba, ni ponía huevos.

Lo más que hacía era comérselos.

En fin, prosigo.

Este D. Modesto era hijo de padres acomodados que á su muerte le dejaron una regular fortuna, que él conservó con su conducta juiciosa, y áun aumentó por medio de especulaciones lícitas: no llegó á prestar á más de á peseta por duro al mes, lo cual constituye un interés de un doscientos cuarenta por ciento al año.

Así es que, hablando de él, sólo se oían frases por el estilo:

—¡Pobre señor!

—¡Es un buen hombre!... un bendito, que el día que se muera se va á encontrar en la gloria vestido y calzado...

No faltaba alguno que en contraposición á lo dicho exclamase:

—¡Es un bandido! .. un usurero, que vive del sudor del necesitado, y que debía estar en presidio toda su vida!...

Porque siempre hay almas ruines y perversas, lenguas mordaces y maldicientes que se ceban en la reputación de las personas *honradas* que se ganan la vida enjugando las lágrimas de sus semejantes por un veinte por ciento al mes.

Don Modesto tenía una sonrisa cariñosa para los primeros, y un gesto de despreciativo desden para los segundos.

Sin embargo, no entraba en sus principios ni en la bondad de sus sentimientos el guardar rencor á nadie.

Desde su juventud manifestó D. Modesto cierta

propension al matrimonio, y un deseo dulce y templado de crearse una familia á quien legar lo poco ó lo mucho que poseyera al morir; pero, segun habia oido á su confesor diferentes veces, en tal asunto era preciso andarse con piés de plomo.

Y tan al pié de la letra tomó aquella juiciosa advertencia, con tal parsimonia procedió en tan delicado asunto, que llegó á los cincuenta años, expuesto á que le enterrasen con palma si llegaba á fallecer.

Entónces la cuestion se complicó un poco; se trataba de averiguar si á aquella edad, un tanto avanzada, debia casarse ó no.

Don Modesto se conservaba muy bien; su existencia se habla deslizado sin apetitos ni contrariedades, de modo que tenia cierta robustez y buen color que hacia agradable su aspecto y le prometia felicidad en el matrimonio.

Por lo que, despues de pensarlo detenidamente, y prévia una doble consulta que celebró con su confesor y su médico, decidió casarse inmediatamente pues ya habia echado la visual á cierta viuda que habitaba un piso tercero frente á su casa, la cual estaba de muy buen ver, y su parte moral era irreprochable.

De Doña Virtudes no se decia nada bueno ni nada malo, y esto siempre es una ventaja para una mujer que no aspira á la inmortalidad.

Era, como os he dicho, viuda de un empleado en Aduanas, el cual tuvo la mala intencion de morirse sin opcion á derechos pasivos.

Era la única mala partida que Doña Virtudes

tenía que reprocharle, y bien sabe Dios que el tal, si viviese, se la hubiera reprochado á sí mismo, porque dicen que no se murió enteramente á su gusto, y que si le hubieran consultado, tal vez llegara á decidir el no morirse nunca.

En fin, áun cuando D. Modesto no era muy expresivo en la manifestacion de sus sentimientos, no tardó Doña Virtudes en apercibirse de que se habia fijado en ella; así es que un dia le vió sin emocion en su casa vestido de rigurosa etiqueta, calculando en su interior que iria á declararla su atrevido pensamiento, aunque un poco trasnochado por cincuenta años de espera.

D. Modesto fué lo suficientemente explícito en aquella ocasion para que la viuda comprendiese que no se trataba de un simple galanteo; además, ni ella ni él estaban ya en edad de pasar el tiempo.

Por lo tanto, en aquella entrevista se habló ya de boda, conviniéndose por ambas partes en que despacito se irian haciendo las diligencias necesarias para no apresurar ni retrasar el dia venturoso.

D. Modesto no cabia en sí de gozo, porque la viuda era una mujer muy aceptable y se conservaba muy bien; participaba de esa alegría infantil que experimenta un muchacho cuando en la escuela le pasan de la *cartilla* al *caton*.

D. Modesto sabía deletrear ya perfectamente, por más que fuera á dedicarse á un oficio enteramente nuevo para él.

Iba por la calle con ese ademan confiado y esa sonrisa peculiar á un hombre que está próximo á codearse con la felicidad; miraba al cielo y suspi-

raba, como los enamorados de quince años, y por primera vez en su vida deploró la circunstancia de no ser poeta ni tener afición á los versos, porque de buena gana hubiese dedicado á su novia un par de de madrigales.

En fin, para no cansar, las diligencias necesarias se hicieron á su debido tiempo; dejaron pasar dos meses para estudiarse y comprenderse bien, y en una mañana de otoño salieron ambos de casa, viuda una y soltero el otro, regresando casados ya, después de desayunarse en uno de los cafés de la villa.

La cosa se habia hecho pronto y bien: ambos creían haber clavado la rueda de la fortuna. Don Modesto por el lado del amor, y Doña Virtudes, algo más curada de espanto, por el lado del bienestar material, porque su marido era rico, y ella habia pasado algunas penalidades en los tiempos de su primer matrimonio á causa de ser algo exíguo el sueldo de su difunto.

Llegó la noche....

Una noche nupcial está llena de encantos, aún cuando la mujer sea una viuda y el hombre pase de los cincuenta años.

Eran poco más de las doce: los padrinos y los convidados acababan de retirarse, dejando á los novios á solas con su mutuo cariño.

Doña Virtudes comenzó á desnudarse, llamando, aunque inútilmente, á su pudor de quince años, y Don Modesto se olvidaba por primera vez de hacer sus oraciones, cuando se sintió un fuerte campanillazo, que por lo inesperado produjo en ambos cierta emoción.

Al mismo tiempo el que llegaba daba sendos golpes á la puerta, como si no quisiera fiarlo todo á la campanilla, y eso que era de un timbre sonoro y argentino.

Mucha debia ser su prisa para entrar, y vigorosos sus puños, porque ántes de que D. Modesto llegase á la puerta, cedia ésta á los esfuerzos del visitante nocturno, que hizo saltar la llave, el cerrojo y el picaporte.

Sin duda el que llamaba queria hacer oposicion á una plaza de mozo de cordel.

Era un hombre de vigorosa apariencia y d rudas maneras: al entrar dió un violento empujon á D. Modesto, el cual estuvo á pique de rodar por el pasillo; pero el otro, sin apercibirse de nada, seguia avanzando como si tal cosa.

Al llegar á la sala se encaró con Doña Virtudes, que asustada por el ruido acababa de salir de la alcoba: la viuda dió un paso atrás, exclamando con una voz que denunciaba su terror pánico:

—¡Cielos! ¡El difunto!

Esta exclamacion heló á D. Modesto la sangre en las venas: en efecto, debe ser bastante desagradable para un recién casado la presencia en la cámara nupcial de un difunto que entra echando la puerta abajo.

Inmediatamente corrió hácia la sala, haciendo por recordar algun exorcismo.

El difunto habia asido del brazo á Doña Virtudes, cimbreadola con mano fuerte, mientras que la decia con voz terrible:

—¡Infame! ¡Te has casado sin tener nuevas exac-

tas de mi muerte! ¡Tu acabarás tus dias en la galera, y tu segundo marido en presidio!

D. Modesto se estremeció: aquella mujer le habia engañado al asegurarle que era viuda.

¿Qué remedio habia en tan crítica situacion?

Se iba á ver envuelto en un proceso ruidoso, además del ridículo en que se le colocaba, sin haberle dejado probar las primicias del matrimonio....

¡Esperar cincuenta años para casarse, hacerlo por último, y encontrarse sin mujer en la misma noche del dia de la boda!

Á fin de evitar el escándalo, D. Modesto propuso á su consocio matrimonial una transaccion, renunciando á sus derechos sobre Doña Virtudes.

Pero aquel modificó un poco el plan, consintiendo en callarse y desaparecer mediante una cantidad razonable de dinero.

Esto pareció mejor á primera vista; á lo ménos D. Modesto no lo perdía todo.

Aflojó los cordones de su bolsa, y el primer marido desapareció satisfecho, al parecer.

Pero ¡ay!

El infeliz D. Modesto compró su dicha á precio de su fortuna: su rival gastaba como un condenado y estaba siempre con exigencias y amenazas. Don Modesto se veía obligado á ceder, porque su silencio en aquel caso le habia hecho verdaderamente criminal.

En fin, que poco á poco fué quedándose sin aquellas hermosas onzas de Carlos IV, tan laboriosamente ganadas, hasta que un dia....

Un dia se despertó agitado y sudoroso como el

hombre que ha luchado muchas horas con una pesadilla.

Vió con alegría que todo aquello era producto de un mal sueño, que podía considerar como un aviso del cielo, y dedujo que el hombre que llega soltero á los cincuenta años no debe casarse ya.

X.

Decían que eras coja,
Yo no lo creo,
Que á la orilla del río
Te ví las ligas.

Cuando voy á tu casa
Siento una angustia
Que me hace arrojar todo
Lo que he comido.

No creas á tu madre
Cuando asegura
Que yo no tengo donde
Caerme muerto.

Voy á sembrar melones
Hoy en mi huerto
Para que los comamos
En nuestra boda.

No te pongas, serrana,
Descolorida,
Porque van á decirte
Que estás enferma.

Adios, que es tarde, niña,
Y está lloviendo,
Y no hace buena noche
De serenata.



—¡Pero hombre, si el drama pasa en la guerra de la Independencia!

—Precisamente por eso debo tener independencia para elegir el traje.

—Sácame la cena, Cruz.

—¡La cena! ¿Quieres callar?

¡Si no hay nada que cenar!

—Pues mira, apaga la luz,

Y vámonos á acostar!



—No] crea usted que yo me echo [las] cosas [á] la espalda.

—Ya lo veo, cuando no se ha echado un remiendo en la levita.

En un almanaque, no recuerdo de quién ni de qué año, he leído la pregunta siguiente:

—«Si los que nacen en Lorca se llaman *lorquines* ¿cómo se llamarán los que sean naturales de Baza?»

En Belinchon vivia hace poco tiempo un hombre cuyos dos apellidos eran *Vecino de Belinchon*; de modo que aunque el tal ciudadano haya trasladado su domicilio al Africa, será siempre vecino de Belinchon.

En cierta ocasion murió una señora excesivamente gruesa y corpulenta.

El individuo que corria con las diligencias del entierro abordó al viudo de la manera siguiente:

—Si á Vd. le parece encargaré dos ataúdes en *la Funeraria*.

—¿Dos ataúdes?

—¡Es claro! ¿Cómo quiere Vd. que la señora quepa en uno solo?

Un hombre que iba siempre armado hasta los dientes tropezó una noche con dos cacos que le limpiaron á su antojo.

Contando en su casa el lance, le dijo su mujer furiosa:

—Pero ¿por qué no has hecho uso del révolver para defenderte?

—¡Cómo querias que lo hiciera si fué lo último que me quitaron!

—Doctor mi hija tiene alfombrilla...

—¿Sí?... pues guárdela Vd. para ponerla delante de la cama en el invierno.

—¿Y las alforjas?

—Me las han robado en Madrid.

—¡Cómo!

—Estaba yo hablando en la calle con un amigo, y recuerdo que le dije alguna vez: «Para ese viaje no necesito alforjas.» Sin duda lo oyeron los ladrones, y cargaron con ellas, creyendo de buena fé que no las necesitaba.

Escapóse de su jaula un loro y se fué al campo: allí, balanceándose sobre la rama de un árbol, aspiraba con delicia el aire de la libertad, cuando acertó á pasar un palurdo que llevaba la escopeta al hombro, como quien va de caza: al verle enfiló el cañon, mas el loro se volvió á tiempo, diciéndole:

—¿Qué vas á hacer, animal?

Entónces el cazador, echando mano al sombrero, le saludó cortesamente, diciéndole:

—Dispense su mercé; le habia tomado por un pájaro.

Un pollo insulso por burlarse de una señora anciana la decia:

—Estoy leyendo en este momento *Las Ruinas de Palmira*.

Aquella le contestó sin desconcertarse:

—Pues yo leo *El Asno*, de Janin.



—¡Del mal el ménos! Su primo la enseñará á nadar.

Un médico tenía la costumbre de explicar á sus enfermos la historia de la dolencia que padecian; en cierta ocasion decia á una señora que acaba de llamarle:

—El constipado consiste en...

Pero aquella le interrumpió así:

—Mire Vd., doctor, lo que hoy más me interesa es que me cure Vd. el mio: en cuanto á las causas que le producen me tienen sin cuidado, porque yo no pienso escribir su biografía.

Conozco á un jóven gallego
Que *moja* al ponerse á hablar,
Y dice su primo Diego
Que su boca, á no dudar,
Es una boca de riego.

—A las tres es bien que des
Un caldo á tu esposo Ambrós,
Decia el médico á Inés:
Mas no le tomó á las tres,
Porque se murió á las dos.

Un vecino de Valoria
Puso en el estribo el pié;
Cayó y se hizo pepitoria.
Ninguno cante victoria
Aunque en el estribo esté.

Quejábase una inquilina al propietario de la finca de que en el cuarto que habitaba habia ratones.

—Pero señora—la dijo el casero,—¿usted cree que yo soy algun gato?

—¿Qué será lo último que haga yo en este mundo cuando me muera?—preguntaba una señora á su marido:

A lo que éste la contestó, lleno de conviccion:

—Proporcionarme algun disgusto, querida mia.

Una señora de bastante edad, queriendo disculpar una soltería bastante trasnochada, decia:

—Yo he tenido muchas y buenas proporciones; pero jamás quise casarme, porque el hombre es un animal indigno de que le confiemos nuestra libertad.

—Ha hecho Vd. perfectamente en obrar así—le replicó un jóven con la mayor mesura.—Esas ideas tan sensatas la hacen acreedora al aprecio de nuestro sexo, á quien ha evitado Vd. un sin número de desazones con tan sábia conducta.

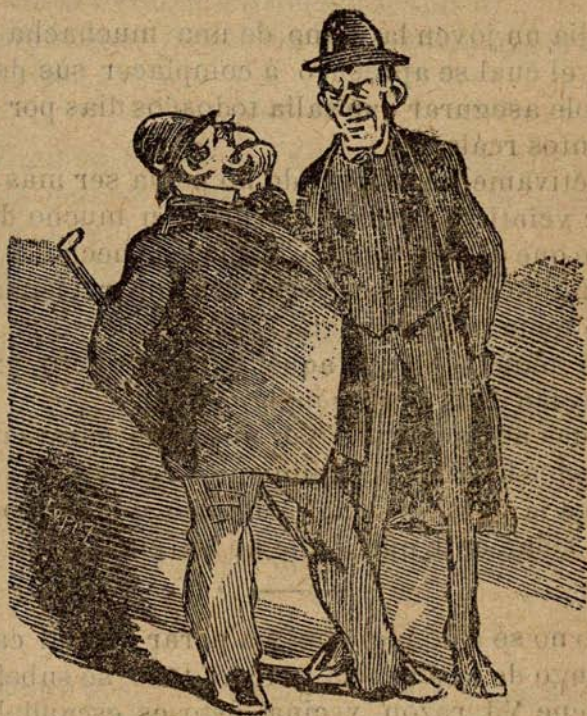
—¿Qué me dice Vd. de Leganés?

—Nada absolutamente; soy enemigo de andar con dimes ni diretes á propósito de ningun pueblo de la tierra, porque de ahí se originan los enredos y las malas voluntades.

—En que *te andas* en la escuela?

—Ahora estoy estudiando la historia de los hunos.

—Pues el profesor empezó á explicarnos ayer la historia de los otros.



—Con otro año de presupuesto va usted á dar un estallido.

—Y usted en otro año de cesantía va á aprender á nadar en el cañon de una escopeta.

Al entregar al casero una mujer las llaves del cuarto que acababa de desalojar, la dijo aquél:

—Faltan dos cristales en los balcones.

—Es posible—contestó:—esos han dejado la casa antes que yo.

Pedia un jóven la mano de una muchacha á su padre, el cual se apresuró á complacer sus deseos oyéndole asegurar que salia todos los dias por unos quinientos reales.

Efectivamente, el partido no podia ser más ventajoso: veinticinco duros diarios dan mucho de sí.

Sólo que al poco tiempo despues de hecha la boda se apercibió de que su yerno era un trapisondista que no tenía ni una peseta.

Una mañana en que aquél le pidió dinero, exclamó peseido de la mayor indignacion:

—¿Pues no aseguraba Vd. ántes de casarse que salia todos los dias por quinientos reales?

—Y es la pura verdad; ya lo creo que salgo por ellos... solamente que... que no los encuentro.

—¡Yo no sé á dónde vamos á parar con tal carestía. Vengo de la plazuela, y todo, todo se subel...

—¡Tiene Vd. razon, vecina; esto es escandaloso! Hasta los muchachos se nos suben á las barbas.

Queriendo ponderar la moralidad en las costumbres del país que acababa de recorrer un viajero, decia en una reunion:

—Figúrense Vds. que allí no se conoce la Inclusa, ni hay ninguna cuna pública para depositar á las criaturas abandonadas.

—¿Pues qué hacen con las que se encuentran en ese caso?

—Las descuartizan y entierran sus restos—contestó el viajero con la mayor naturalidad.

—Pues entónces no pueden darse costumbres más patriarcales.

Un vizcaino apostó con un inglés á que llovería en un día determinado: el que perdiese la apuesta debía arrojarse por el viaducto.

Tocóle perder al primero, mas haciéndosele muy duro morir por una tontería se marchó bonitamente á Bilbao, desde donde escribió una carta á su contrario, en la cual le decía:

«Milord: He cumplido mi palabra, solo que, como usted echará de ver, estoy vivo, porque al arrojarme por el viaducto soplabá un aire tan fuerte que me impulsó como á las hojas de los árboles, no cesando su violencia hasta dejarme en mi país á su disposicion »

El célebre perro Paco hizo furor el año pasado en Madrid: dió su nombre á piezas de baile y teatrales, marchas, periódicos, etc. Se contaban de él cosas tan increíbles en un animal, que un amigo mio exclamó una noche en una reunion en la que se hablaba del perro Paco:

—No me extrañaría, dada su inteligencia, y á ser verdad lo que cuentan, que el mejor día presentase al Gobierno el arreglo de la Deuda.

• Una muchacha sacando agua de un pozo fué arrastrada por las maromas y cayó en él de cabeza. Al cabo de muchos esfuerzos la extrajeron con vida, sin que tuviera que deplorar más que el susto y una leve contusion.

Cuando recobró el sentido, su amo, que era médico, la dijo:

—Cuando se te ocurra tomar baños es preciso que te purgues la víspera.

Decia en cierta ocasion un célebre petardista:

—El hombre debe siempre apresurarse á pagar sus deudas.

—No—le contestó uno de sus acreedores;—debe pagarlas, aunque sea sin apresuramiento.

Quejábbase un alto empleado de que su destino le absorbía todas las horas del dia!

—¡Pero hombre!—le objetó uno que conocia sus costumbres—¡si no va Vd. á la oficina más que á cobrar!

—¡Yal Pero el resto del mes le paso inventando pretextos que disculpen mi falta de asistencia. Ahí tiene Vd. cómo no me queda tiempo para nada.

Un borracho, siempre que se aproximaba la vendimia, andaba mirando al cielo y lanzando suspiros apénas se veía una nube sospechosa.

—¡No parece sino que tienes viñas que te destroce algun pedriscol—le decian sus amigos.

—Aun cuando yo no las tengo las tienen los cosecheros, y si la cosecha se pierde subirá el precio del vino, y todos nos fastidiaremos.



—¡Pero hombre, ni un grano en el pesebre!
 —¿Pues qué quería usted, que el pesebre tuviera diviesos?

Un émulo de Baco, cuando veía un puesto de uvas, exclamaba:

—¡Qué perniciosa costumbre la de comer esa fru-

tal Además de los cólicos que proporciona, priva á los consumidores de una gran cantidad de vino.

Sabido es el grito con que los franceses acogieron la declaracion de guerra á Prusia.

—¡A Berlin! ¡A Berlin!—exclamaban entusiasmados recorriendo calles y plazas, en la inteligencia de que iban á caminar de victoria en victoria.

Cuando los alemanes llegaron á Versalles, un andaluz que estaba accidentalmente en Paris decia ante un inmenso grupo de franceses:

—Han hecho Vds. muy bien en no ir á Berlin, pues se han ahorrado las molestias del viaje y logrado su propósito de ver á los prusianos de cerca.

Robaron el reló á un jóven, y al dia siguiente vió que uno de sus amigos le sacaba del bolsillo.

—¿Cuánto te ha costado ese reló?—le dijo.

—Nada; me lo ha regalado un amigo.

—Entónces debo yo conocerle tambien, porque anoche á las doce, sintiendo tal vez frio en la mano, me la metió en el bolsillo.

—Tia, mire V. qué letra tan buena tiene mi sastre—decia un jóven á su anciana parienta, enseñándola una factura del industrial, importante veinte cinco duros.

Pero ella, conociendo la intencion, rechazó el papel, diciéndole:

—¡Oh, siempre he tenido horror á los trabajos de caligrafía!



—¡Mil reales por un par de pendientes de *doublé*!
 —¿Pues qué quería usted, que le pusiéramos cuatro mil? Aquí no engañamos á nadie.

«Querido esposo: Voy todas las noches al teatro, para convencerme de que me aburro estando separada de ti.»

«Querida esposa: Creo sin trabajo lo que me dices, porque á mí me pasa lo mismo; sin embargo, no apresuraré mi regreso, porque quiero poner á prueba tu cariño.»

Ella, riéndose con una amiga:

—¡El imbécil cree que hablo de veras!

El, bromeando con un amigo:

—¡Esa tonta todo lo convierte en sustancial!

—Pero hombre, ¿por qué tardas tanto siempre que vas á casa de D. Antero?

—Porque nos entretenemos jugando al burro toda la familia.

—Ahora ya me explico los rebuznos que lanzas cuando te quedas dormido.

CHARADA SEGUNDA.

Prima repetida en Roma;

Me causa mucho respeto

Aquello que representa

Con acento ó sin acento;

Prima tres lo tienen muchos

Animales segun veo;

Tres prima en todas las cajas

De dulces, rapé y de muerto;

Primera tres dos y tres

La suele dar á Loreto

Cuando tienen algun capricho

Y yo no se le concedo,

*Y mi *todo* los pintores

Suelen usar hace tiempo.

Un comerciante arruinado decía: si me exigieran recibo todas las personas á quienes debo dinero, haria la fortuna de un fabricante de papel.



—Puedes decirle que los dos duros de anoche eran falsos.

—¿Y hoy no lo son?

—No, porque los he pasado.

—Muchacha, ¿dónde están mañana las Cuarenta Horas?

—Señora, en el reló no hay más que doce; ignoro donde estarán las veintiocho restantes.

—Ayer se examinó mi hijo de primer año de Leyes.

—¿Y qué tal ha salido?

—Hombre, del exámen salió bien; no le dolía nada.

—¿Pero qué nota ha sacado?

—La de *sobre-saliente*: los profesores le dijeron que saliera de allí y que no volviese á parecer por la Universidad.

—¡Vamos!... ¡entonces ha hecho toda la carrera en un año!

Decía un médico en una tertulia:

—Yo conozco en seguida si mis enfermos han cometido algun exceso.

—¿En qué?

—En que los que se apartan de mis instrucciones sanan inmediatamente, y los que las siguen al pié de la letra, mueren.

—Entonces cuando recete Vd. jarabe de altea será preciso tomar arsénico.

Viendo Pepe que Pilar

Contando un cuento, quedó

Adormecida, exclamó:

—Pues pare usted de contar.

Dice muy erguido Antero,
 —Nadie al respeto me falta;
 Mi posicion es muy alta....
 Y en efecto, es campanero.

Un empleado de la ronda de Consumos detuvo á una mujer embarazada en meses mayores, diciéndola:

—¿Qué lleva Vd. ahí?

Pero ella, siguiendo la guasa, le contestó muy formal:

—Hombre, pásese Vd. dentro de unos dias por mi casa y dejaré el recado á la portera, pues por hoy no puedo decirle si es chico ó chica.

De un hombre calvo y de muy malas pulgas, decia su mujer:

—Figúrense Vds. si mi marido tendrá mal genio que no ha podido vivir en paz ni áun con sus cabellos; todos le han abandonado por no poderle sufrir.

Viendo un paleta el cartel de *La Infantil*, donde se anunciaba una pieza titulada *Carbon y cisco*, exclamó:

—No sabia yo que en Madrid vendian esas cosas en los teatros.

Un hombre á quien llevaron á ver una casa de locos salió de allí tan impresionado, que al encontrarse en la calle exclamó dando un abrazo á una negra:

—En este momento no me atrevería á asegurar que estoy en mi sano juicio.

En efecto, aquella era una prueba evidente de haber perdido la razon.

—Mi hijo está escribiendo un drama cuyo protagonista es un muerto.

—Pues entónces el actor encargado de ese papel no tendrá miedo á equivocarse.

Un hombre sumamente cobarde decia despues de soltar mil baladronadas:

—Todavía no sé yo lo que es el miedo.

Entónces uno de los que le escuchaban fingió acometerle furioso, desnudando un estoque.

El *valiente* echó á correr, mientras que el otro le decia riéndose:

—¡Vamos, pues ahora ya le ha visto Vd. la cara!

Habia en un pueblo un albañil muy devoto, el cual con su cuadrilla se ocupaba en derribar un antiquísimo convento.

Una tarde tuvo la desgracia de que al derrumbarse una pared le arrastrase en su caída, produciéndole algunas contusiones.

Uno de los peones exclamó:

—¡Ahora sí que *le tira á Vd. la iglesia*, maestro!

Un usurero excesivamente viejo se mandó hacer un traje á los noventa años. Sus amigos se extrañaban de ello exclamando:

—¿Si creerá ser eterno?

A lo que replicó un tercero.

—No lo duden Vds., ese hombre es tan avaro, que ha resuelto no morir se por economía.



Causas que pueden conducir á un hombre al viaducto.

Examinando su retrato un individuo muypreciado de su persona, decia á uno de sus amigos:

—Deja bastante que desear el cuadro.

—En efecto—contestó aquél,—cuando uno le contempla siente deseos de que se lleve el diablo al original.

El hombre está perfectamente definido poniendo al revés las letras que componen el nombre de *Adan*: se lee *Nada*.

—¿Qué me vas á regalar cuando me case?

—Un par de zapatos para el primer hijo que tengas.

—¿Y si es cojo?

—Entónces cambiaremos los zapatos por las mulas.

En cierta reunion se hablaba de los malos tratamientos que algunos maridos suelen dar á sus mujeres, y una de estas decia:

—Mi marido no me molesta mucho; se enfada de tarde en tarde, y entónces se contenta con darme un palo.

—Vamos—replicó una amiga.—Es que te vapulea en abreviatura.

—Siempre es bueno saber de todo.

—¡Mentira!

—¿Cómo te atreves á negar una verdad reconocida á todas luces?

—Yo sé que no tengo que comer, y daría cualquier cosa por no saberlo.



—Mira, sobrina, hay cosas que no puede una
ménos de echarse á la espalda.

Un hombre impetraba la caridad en el átrio de una iglesia, presentando el raro fenómeno de que unas veces era manco y otras cojo.

Apercibiéndose de esta circunstancia uno de los que le socorrian diariamente, exclamó:

—¡Temo que el mejor día ese hombre no va á dejar de su persona más que la voz!

—¿Qué carrera sigue su hijo de Vd.

—La de las armas.

—¿Le tiene Vd. en alguna escuela militar?

—No, señor; le tengo en Albacete de aprendiz en una fábrica de cuchillos y navajas.

Cuando se encuentran en la calle dos mujeres que no se conocen, se miran y sonrien de un modo compasivo, sea de la clase que sean; en seguida se las ocurre la siguiente reflexion:

—¡Cuánto daría por parecerse á mí!

Decía una mujer:

—Mi marido gana ocho reales diarios, y *manos puercas*.

Y tenía razon, porque era carbonero.

En la estacion de un ferro-carril ántes de partir un tren de recreo.

—¿A dónde vas?

—A San Sebastian.

—¿Y tomas billete hasta Avila?

—Es que no quiero hacer gastos inútiles; si el tren descarrila y nos hace astillas ántes de llegar á La Cañada, ahorro ese dinero á mis herederos.

Un hombre cruzaba por una llanura donde acababa de darse una batalla, y al ver el campo sembrado de cadáveres decia lleno de conviccion:

—¡He ahí lo que acarrea el meterse uno en lo que no le importa.

Decia un andaluz, hablando del Tostado:

—Era tal su aficion á manejar la pluma, que estando en el vientre de su madre ya escribia cartas á sus amigos.

A una señora que estaba espirando le decia su criada, como para confortarla en tan amargo trance:

—Vamos, ánimo señora, que despues que Vd. muera seguiremos usando el chocolate de la *Compañía Colonial*.

Habia en un pueblo un hombre tan sumamente aprensivo, que siempre estaba molestando al médico para nada.

Una vez enfermó de veras, y viendo que este se negaba á asistirle, creyendo que sería lo de siempre, le escribió en los siguientes términos:

«Amigo mio: acabo de fallecer en este instante;

hágame Vd. el favor de venir á extender la fé de muerto.»

—¿Cuánto vale una delantera de anfiteatro?

—Seis reales.

—Pues deme Vd. una y media.

—¿Cómo una y media?

—¡Es claro! Porque vengo yo con mi cara *mitad*.

Un hombre sumamente alegre que estaba riendo continuamente, decia en cierta ocasion muy apurado á sus amigos:

—¡Estoy en un terrible compromiso! Mañana tengo que asistir á un entierro, y no sé cómo gobernarne para reprimir mis frecuentes carcajadas:

—Pues es muy sencillo—le contestó uno de aquellos.—Haz cuenta de que el muerto eres tú.

—Hombre, tienes razon... solamente que no abrigo la seguridad de que despues de muerto no haya de reirme de mí mismo al *verme* tan feo.

—Señora—decia un pollo en una reunion, requebrando á una mujer casada,—tiene Vd. unos dientes que parecen perlas.

—¡Ay, por Dios!—contestó aquella muy asustada—¡si lo oye mi marido es capaz de sacármelos para ir á empeñarlos en seguida!



—¡Acaba de inventar la *cuadra-tura* del círculo!
 —¿En las dos primeras sílabas de esa palabra?

—¿Qué haría yo para dejarte feliz á mi muerte?—
 decía un marido á su mujer.

Y ella le contestaba:

—Una cosa muy sencilla. Haz que te atropelle y
 te mate un coche del tranvía, y de ese modo la em-
 presa me dará una indemnización.

APUNTES PARA UN DRAMA.

(Conclusion.)

Dijimos que Pedro Bustos,
 El hidalgo, el caballero,
 Con el estoque en la mano
 Y arrugado el entrecejo,
 Despues de oir aquel grito
 Sonoro, profundo y seco,
 Con paso desatentado
 Se entró por el aposento
 De Doña Sol, sospechando,
 Con bastante fundamento,
 Que algun cobarde afrentaba
 La nieve de sus cabellos.
 Del resplandor de la lámpara
 Al vacilante reflejo
 Vió que entre unos cortinajes
 Se ocultaba con empeño
 Un hidalgo, por el traje,
 Que no lo era por sus hechos.
 ¡Un hombre de noche, oculto,
 Recatado entre el sombrero
 Y el embozo, allí en la estancia
 De su hijal... ¡No era un sueño!...
 Pedro Bustos acordóse
 Del honor de sus abuelos,
 Sin una mancha hasta entónces,
 Desde aquel instante muerto;
 Acordóse que]empuñaba

Su mano un templado acero,
Aunque no falta quien diga
Que la espada era de hierro,
Y adelantándose airado,
Lleno de coraje el pecho,
Sepultó el arma homicida
En el del traidor mancebo
Que con mengua de su honor
Hollaba el honor ageno.
Resonó un grito espantoso
Que fué de otro grito el eco;
La sangre manchó las losas
Cuadradas del pavimento,
Y Pedro Bustos, soltando
La espada de asombro y miedo,
Vió revolverse en su sangre
Á Doña Sol, cuyo sexo
Estaba bien disfrazado
Con ropilla y con gregüescos,
Pues trataba aquella noche,
Que era domingo de antruejo,
De ir á un gran baile de máscaras
Que daba el ayuntamiento.
El infeliz acorrióla
En aquel trance supremo,
Mas ya era tarde; la jóven
Le miró de un modo tierno,
Y se largó al otro mundo
Diciéndole:—Ahí queda eso.
Entónces el triste padre
Á un desvario cediendo,
Por el dolor ofuscado

Y por los remordimientos,
Comenzó á dar estocadas
Á cuantos séres y objetos
Hallaba, sin perdonar
La dueña y el escudero,
Y tres ó cuatro vecinos
Que á los gritos acudieron.
Aquello era una mar de sangre,
Un horror, en cementerio....
En tanto, la luz inquieta
De la lámpara, que al suelo
Había caído, prende
En las cortinas; el viento
Agita las llamas y arden
Las sillas de terciopelo,
Y los cuadros, y los muebles.
Y las maderas del techo.
Pedro Bustos, rodeado
De llamas y de humo espeso,
Hace todo lo posible
Por escapar al incendio.
Grita y pateá; á sus voces
Responde el airado trueno,
Hasta que al fin se desploma
Desde el tejado al cimientto
La casa, y en su caída
Arrastra al mísero viejo,
Que muere al fin exclamando:
—¡Maldicion!—Y allá á lo léjos
Se escuchaban los acordes
Apacibles y risueños
De guitarras y bandurrias

Que los muchachos del pueblo
 Tañian en aquel baile
 Que daba el ayuntamiento.

Desde entónces los hidalgos
 No se oponen altaneros
 Á que sus hijas se vistan
 Con ropilla y con gregüescos,
 Aprendiendo de este caso
 Con el desdichado ejemplo.

Este romance es muy largo;
 Pero en cambio no es muy bueno.

Refiere Alejandro Dumas en una de sus novelas, que dos bebedores célebres, de paladar hastiado ya por el exceso del alcohol, llegaron de noche á una venta pidiendo aguardiente.

La mujer, que estaba adormilada, se apresuró á servirlos del primer frasco que encontró á mano; bebió cada uno un vaso, pagaron y se fueron.

Al poco rato llegó el marido, y fijándose en el frasco, exclamó:

—¡Cómo! Esto ha disminuido desde ayer....

—¡Ah, sí!—exclamó la ventera.—Hace poco han venido dos sujetos pidiendo aguardiente y se le he dado de ese frasco.

—¡Pero, desventurada, si es espíritu de vino sin rebajar!...

—¿Y qué?

—Que probablemente habrán ardido á estas horas esos infelices.

La mujer se quedó helada de terror.

Estaba al día siguiente á la puerta de la venta cuando vió que se acercaban dos hombres; no tardó en reconocer en ellos á los bebedores de la noche anterior, quienes sin duda habian dado parte de su equivocacion y venian para acusarla ante la autoridad competente.

Iba ya á arrojarse á sus piés implorando su perdón, cuando oyó pasmada que uno de ellos la decia:

—Dénos Vd. dos vasos de aguardiente; pero del de anoche, que es regularcillo.

La mujer, que los suponía ardiendo ya, se apresuró á servirlos, exclamando interiormente:

—Estos hombres encuentran el espíritu de vino nada más que regularcillo; si vienen otra vez á mi casa van á pedir rescoldo ó puntas de alfiler.

—¿Qué haria yo para tener sueño?

—Pensar en los que le tienen y no pueden dormir por impedirselo sus obligaciones.

—¿Y para tener dinero?

—Eso ya es algo más difícil.

Un barbero se alababa de que ninguno de sus parroquianos tenia la menor queja de él, y decia:

—Eso consiste...

—Ya sé en lo que consiste—le interrumpió uno que le escuchaba.—En que no es Vd. el que los afeita, ó en que ellos se dejan la barba.

En la Vicaria:

—¿Cómo se llama el novio?

—Salvador Chubasco.

—¿Y la novia?

—Joaquina Relámpago.

El oficial de la mesa, aparte:

—¡Canario! ¡Pues vaya una tempestad!



—¡Huye de aquí, desventurado! ¿Para qué quieres esos cinco duros?

—Para... para cortarme el pelo.

—Un hombre puede burlarse de cualquier médico sin que éste se aperciba de ello.

—¿Cómo?

—Enseñándole la lengua.

—Tiene Vd. cambio de una peseta.

—Sí, señor; venga. ¡Pero si es falsa!

—¡Toma! ¡Pues si no lo fuera para qué había yo de cambiarla!

Una señora entró en una tienda pidiendo mantecadas de Astorga; después de comer una, dijo:

—Me parece que están algo rancias.

—No puede ser—la contestó el dependiente con la mayor naturalidad,—porque las he hecho yo mismo esta mañana.

El vicio de pregonar favores de mujeres que uno no ha recibido, se va generalizando por desgracia.

Hace pocos días hablaban dos pollos en la calle, y uno de ellos decía:

—¡Ayer pasé un susto horrible! Me sorprendió el marido de Fulanita en su habitación, y tuve que esconderme en un ropero.

—¡Pero, hombre!—le replicó el otro admirado.—
¡Si la enterraron hace un mes!

Viéndose el pollo cogido en flagrante delito de calumnia, exclamó:

—Es que... estaba allí... antes de ponerse enferma.

¡Mes y medio metido en un ropero sin comer ni dormir!



—Llevando usted la silla, el jaco irá más ligero porque se le alivia el peso.

—¡Pues no había yo dado en ello!

—Y mucho más ligero aún si se hubiera usted comido el pienso.

Una mujer en cuya casa había un alojado, le sorprendió guardándose una gallina en el morral.

—¡Eh, amigo!—le gritó,—creo que Vd. se equivocó.

—En ese caso será la gallina, que ha tomado mi morral por gallinero.

A UNA VIEJA.

Llamar no pretendo, Aleja,
Niñas, aún cuando me riñas,
Las que tu espejo refleja,
Porque siendo tu tan vieja
Ellas no pueden ser niñas.

Ellas en su mocedad
Vieron á Godoy nacer,
Y á partir de esta verdad,
Por lo ménos deben ser
Niñas de mayor edad.

Que saque esta conclusion
No te dé pena ni enojos:
Tus niñas, Aleja, son
Tan sólo una adulacion
Que te dirigen tus ojos.

X.

Encontráronse en la calle un deudor y un acreedor, diciéndole éste á aquél:

—¿Le parece á Vd. si es hora ya de que me devuelva aquel dinero?

—Sí, señor—contestó el interpelado.—Creo que ya

es hora; pero entre esto y devolvérsele hay una gran diferencia.

—¿Cuál?

—¡El vacío!

Declaróse una epidemia en una población: la mortandad era extraordinaria; las gentes eran atacadas en un momento repentino, lo cual era causa de que el terror les hiciese estar pensando siempre en la muerte: esto fué causa de que las rencillas desapareciesen y todas las familias entre las que mediaba alguna diferencia hiciesen las paces.

Por último, el cielo se apiadó de aquellos infelices, haciendo que desapareciese tan cruel azote.

El día en el que se cantó el *Te Deum* los odios volvieron á renacer, y hubo en el pueblo varias palizas, lo que hizo que el cura exclamase desde el púlpito:

—He observado, hermanos míos, que para que seais buenos es necesario que esteis malos, por lo cual voy á pedir á Dios que nos mande nuevamente otra epidemia.

A un hombre que tenía la costumbre de retirarse á su casa completamente borracho le acometieron un día al amanecer varios hombres, dándole una paliza mayúscula, de resultas de la cual quedó tendido en la calle. Al cabo de algun tiempo acertó á pasar por allí un muchacho que iba á la escuela estudiando la tabla de restar, y decia en alta voz

—De cuatro á cinco va uno.

—¡Mientes!—exclamó el borracho, que recobraba en aquel instante el conocimiento.—De cuatro á cinco de la mañana ¡iban lo ¡ménos siete, que con sus garrotos me dejaron como puedes ver.



—¡Celédonia!

—¡Bienvenido!

—¡Qué ventura!

—¡Qué placer!

—¡Qué horrible está mi marido!

—¡Qué fea está mi mujer!

Un caballero dió un duro á su criado, recien llegado del pueblo, para que tomase una butaca en el teatro de la Zarzuela, cuyo cartel anunciaba *El hombre es débil*.

A poco volvió el muchacho entregando á su amo un billete del teatro de La Infantil, diciéndole:

—Mire Vd., señorito, en la Zarzuela hay un hombre que está débil, y por consecuencia no podrá cantar; en cambio en La Infantil hacen la *Cena de Baltasar*, y allí siempre se le pegará á Vd. algo.

—La vida es una carga—exclamaba un pollo, queriendo echársela de filósofo; á lo que le contestó un amigo:

—Chico, ese es un pensamiento de mozo de cordel.

Un hombre llamando en la habitacion de un amigo suyo, pregunta al criado que abre la puerta:

—¿Está tu amo?

—Sí, señor.

—Pues dile que deseo hablar con él.

—Eso es algo difícil; además que no oirá una palabra de cuanto Vd. le diga.

—¿Pues no dices que está?

—Sí, señor; pero está... de cuerpo presente.

Entró en un melonar su dueño, y despues de reconocerle en todas direcciones, se bajó para coger un melon.

Al verle, el guarda se echó la escopeta á la cara, é iba ya á disparar cuando aquél exclamó:

—Pero, animal, ¿no ves que soy el amo?

—Usted me dijo que al que viera cortar un melon le descerrajase un tiro, y yo, cumpliendo con mi obligacion, debo meterle en el cuerpo una docena de perdigones.

Regalaron un loro á un caballero, el cual se le entregó á su criado, sin duda ¡para que le metiese en una jaula, aunque nada le dijo.

Al cabo de unos dias, le preguntó:

—¿Y el loro?

El muchacho, abriendo desmesuradamente los ojos, contestó:

—Pues qué, ¿no se acuerda ya de habérselo cenado la otra noche en pepitoria?

Encontróse en la calle un acreedor con su deudor, y le dijo:

—Pero hombre, ¿cuándo me entrega Vd. aquellos cuartos?

—Mañana.

—Hace un año que me está repitiendo lo mismo... ¡todo un año cantando visperas!... ¡Es necesario que lleguemos á las completas!

Un ciego pedia limosna á la puerta de una iglesia; al socorrerle un caballero, le preguntó:

—¿De dónde es Vd?

—De un pueblo que le llaman Ojos-negros.

—Pues hombre, no comprendo que habiendo usted nacido en un pueblo que llaman Ojos, tenga los suyos tan echados á perder.



—El se apeó en Recoletos y ella se niega á pagarme á pretexto de que los almohadones...

—Basta.

Ejercitando su puntería en un tiro de pistola, un hombre mató á uno de los criados del establecimiento.

—¡Dios mio, qué es lo que he hecho!—exclamó viéndole caer.

—*Dar en el blanco*—le contestó oportunamente uno de los que presenciaron el suceso.

Un hombre sumamente sucio se presentó al presidente de un casino pretendiendo una plaza de mozo y encargado de la limpieza.

—No me sirve Vd. para el puesto que solicita—dijo este.

—¿Por qué, señor?

—Porque si descuida Vd. tanto su propia limpieza, es imposible que atienda á la de los demás.

La mujer de un reo condenado á muerte fué á la capilla á despedirse de él, llevando entre sus brazos á un niño de pecho; despues de algunos minutos de meditacion la dijo el sentenciado:

—Mira, podia cambiar de vestido con ese niño y huir de aqui, dejándole en mi lugar.

—¿Quién es ese caballero á quien has saludado?

—Vocal de la junta de Clases pasivas.

—¿Y el que va en su compañía con un clarinete debajo del brazo?

—Ese debe ser... instrumental.



—¿Con que vas a cantar flamenco? Pues entónces me quedo en casa.

—Sí, porque tú no entiendes lo que se estila en los países bajos.

Encontróse en la calle un jóven á un amigo suyo, extraordinariamente contrahecho, y viéndole caminar á paso de carga, le preguntó:

—¿Dónde vas de ese modo?

—Al concierto del Retiro.

—No te dejarán entrar.

—¿Por qué razon?

—¿Qué va hacer en un concierto un hombre tan desconcertado?

—Esta noche es mi beneficio.

—¿Qué funcion has escogido?

—*Los perros del monte San Bernardo*: espero que me hagas alguna expresion.

—Sí; te regalaré un bozal.

—Si quiere Vd. que desaparezca su dolencia debe tomar un baño ruso.

—¡Pero doctor!... ¿y voy á emprender un viaje á San Petersburgo por un simple constipado?

—Vengo á solicitar la mano de su hija Concha.

—¿Con qué medios cuenta Vd. para mantener sus obligaciones?

—Con mi sueldo: yo soy un simple escribiente en la direccion de...

—Basta, es inútil que prosiga; no quiero tener yernos simples.

Un hombre que acababa de perder en la Bolsa una suma regular, entró en su casa arrojándolo todo al suelo, espejos, lavabo, jarros de porcelana, etcétera, etc. Al oír aquel estruendo exclamó su mujer:

—Pero hombre, ¿qué es esto?

—Nada—dijo aquél.—Que me estoy dando música.

CHARADA TERCERA.

Prima repetida, es Dios
 Mitológico, muy feo;
Segunda nota en la escala;
Tercia prima sin remedio
 Verás en las bibliotecas,
 Y en casa de los librereros
 Y en otras muchas; *dos prima*
Tres se denomina aquello
 Que pasó en tiempo remoto,
Segunda primera veo
 En los barcos, y mi *todo*
 Es un poeta muy bueno.
 Y te advierto que mi *todo*
 Ya va escrito en estos versos.

Hace poco tiempo habia en un cementerio general una lápida que decia:

«A la memoria de Doña E. G., muerta á la edad de 104 años, su desconsolado abuelo.»

Este desconsolado señor debía haber conocido al megaterio y otros animales prehistóricos.

—¿En qué cama puede dormir el hombre, que sea al mismo tiempo la más dura y la más blanda?

—En la que tenga, segun le recuerde su conciencia buenas ó malas acciones.

—¿Ves este reló?

—Sí, de plata... muy bonito; pero apenas vale doscientos reales.

—Pues yo sé quien ha dado más de seis mil por él.

—Lo adivino; algun inglés excéntrico.

—No, un prestamista.

Cuesta trabajo admitir el hecho de que una mujer que se llame Quiteria ó Anacleta, haya sido jóven y bonita.

Los piés llevan á los ojos, y los ojos en agradecimiento evitan muchos tropezones á los piés.

Un hombre que pronuncia palabras elocuentes teniendo la boca torcida, me hace el mismo efecto que un jarro desportillado y sucio que contiene un riquísimo vino de Jerez.

Un hombre á quien habia atropellado un carruaje fué conducido al hospital, donde varias personas se apresuraron á proporcionarle toda clase de recursos.

El infeliz, estando ya en la agonía, exclamaba:
—¿Es decir que se necesita que á uno le rompan el alma para estimular los sentimientos generosos de sus amigos?



Ambos pueden hacer los honores en un corral de gallinas.

—¡Socorro! ¡Socorro!—gritaba con voz angustiada un infeliz que se ahogaba en la playa de San Sebastian.

—¿Qué es eso?—preguntó un bañista que pasaba á la sazón á un mozo del puerto.

—Nada, que aquel caballero llama sin duda á su mujer para que le prepare la sábana.

Un jorobado sostenia un pleito con un vizconde: hallábanse los dos disputando en la audiencia ántes de empezar la vista, cuando acertó á pasar uno de los jueces que componian el tribunal, quien al oírlos exclamó:

—Pleito perdido para ambos, porque el derecho no puede estar de parte de un jorobado de figura y de un bizco de título.

La mujer de un calavera, borracho y jugador, decia:

—Mi marido está aprendiendo el inglés y el árabe, porque siempre anda con ingleses y turcas.

—Yo ignoraba que Ulises fuera casado.

—¿Y cómo lo ha sabido Vd.?

—Porque he leído un cartel que decia: *La mujer de Ulises.*

Un médico que habia estado en guerra continúa con su mujer decia á uno de sus amigos, viéndola espirar:

—¿Lo ves? Esa bribona se muere, sólo con la idea de desacreditarme como médico.



—Al ver á ustedes le dan á uno ganas de cantar las flores de Mayo.

Dijo un día Don Ramon:

—Aunque lo niegue Ayguals de Izco,
Un vizconde es más que bizco,
Toda vez que es un *bizeon*.

Decía un hombre aficionado á la bebida:

—Mi mujer no puede tener queja de mí; siempre me retiro á mi casa *entre dos luces*.

Para tranquilizar los temores de cierto individuo que tenía un miedo cerval á ser enterrado vivo, le decía su mujer:

—No tengas cuidado; cuando te mueras dispondré que ántes de darte sepultura te hagan la autopsia, y de ese modo saldremos de dudas sobre si estás vivo ó muerto.

Un zapatero puso un anuncio en la puerta de su casa, que decía: *Botas para mancos*.

—¿Pero qué tiene que ver una cosa con otra?—le preguntaron:

—Nada absolutamente; es que yo vendo botas para los mancos que quieran comprarlas.

Un sabio decía en un Ateneo:

—Adan fué el único marido que no tuvo suegra.
A lo que le replicó otro sabio:

—Pues ¿y la serpiente?

—La serpiente era Satanás.

—Pues ahí tiene Vd. cómo los suegros son de la piel del diablo.

—¿Qué haces ahora?

—He creado un Banco de imposiciones y descuentos.

—¿Y qué operaciones son las tuyas?

—Muy sencillas; descuento á los socios lo que imponen, y me lo gasto alegremente.

—¿Pero tendrás que rendir cuentas?

—Sí, pienso rendirlas..... desde los Estados Unidos.

Leo en un periódico:

«Se ha perdido un perro con una mancha de color de canela desde la puerta de Toledo hasta la Plaza Mayor.»

—Cómo sería el perro para tener una mancha de tamaña magnitud?

—«Ha naufragado un buque inglés en el canal de la Mancha...»

—¡Hola! ¡un canal en la Mancha! ¡Y luégo se quejan los manchegos de que no tienen agua!

Una señora que padecía mucho de los sabañones hizo un viaje á Madrid para no sé que negocios:

cuando regresaba á su pueblo descarriló el tren, y tuvieron que amputarla ambos piés á consecuencia del siniestro.

Miéntas le hacian la operacion la decia su marido para consolarla:

—¡A lo ménos en el invierno próximo no te molestarán los sabañones!

Cierto individuo salvó la vida á una señora con riesgo de la suya en un incendio: andando el tiempo se casó con una hija suya, viniendo aquella á ser su suegra.

—¡Ah!—exclamaba el infeliz sufriendo sus malos tratamientos.—¡Haber arriesgado un hombre su existencia para salvar la de su verdugo! ¡Dios mio, otro incendio!

El mismo individuo en cierta ocasion tuvo que trasladarse á Ultramar con su familia. Un mes ántes empezó á dar de comer á la madre de su esposa todo género de alimentos sustanciosos y nutritivos.

—¿Por qué haces eso?—le decia un amigo.—¿Te has reconciliado ya con tu suegra?

—No; pero quiero que engorde, porque si naufragamos y se declara el hambre á bordo, será la primera de quien echen mano para comérsela.

—Una limosna para este pobrecito huérfano!—decia un robusto moceton recostado en una esquina pidiendo limosna.

—Pues ¿cómo perdió Vd. á sus padres?—le preguntó una vieja.

—En la última guerra civil yo formaba parte de un bando de facciosos que entró en mi pueblo, y los fusilé porque eran unos *picaros negros*.



—¡Amigo mio! ¡Tanto tiempo sin verle!

—Vengo á ver si me presta usted quinientos reales.

—¡Pues ya siento haberle visto tan pronto!

Una muchacha tuvo un *descuido* con su novio, y á los nueve meses dió á luz una robusta niña.

—Pero ¡cómo puede ser esto,—decía la madre admirada, hablando con el cirujano—si yo no recuerdo haberla dejado ni á sol ni á sombra!

—No; más bien es ella la que la ha dejado á usted, porque estas cosas no se hacen entre hija y madre.

Durante una revolución detuvieron las turbas en la calle á un hombre que les pareció sospechoso, y registrándole encontraron en sus bolsillos una solicitud al ministro pidiendo un destino.

Inmediatamente le hicieron poner de rodillas para fusilarle.

—¡Y esto haceis por una solicitud!—exclamaba el infeliz.—¡Qué sería si me hubiéseis encontrado la credencial!

Un jóven galanteador abordó en la calle á una linda costurera, á quien pidió permiso para acompañar, dirigiéndola toda clase de galanterías.

—¿Cómo se llama Vd.?—la preguntó por último.

—Mariquita.

Entonces, dando un cuarto de conversión la saludó diciendo:

—Permita Vd. que me retire; yo voy buscando á una que se llama Mari-da.

—¡Maestro, se me han sentado las botas!

—¿Es decir que tiene Vd. un cólico en los piés?



—A ver si me soplas esa paja que tengo en el ojo.

—¡Hombre, eso no es paja! ¡Es todo un piensol!

—Quisiera enviudar.—Macaria
Así decia á Senen.
Y él contestó:—Yo tambien,
Por no llevar la contraria.

Al estallar una tempestad, un labrador que vivia en las Rozas mandó que le ensillaran la yegua.

—¿Pero dónde vas con este tiempo?—le preguntó su mujer.

—A Madrid en busca de un pararrayos para evitar los efectos de la electricidad.

—Vecina, ¿ha entrado por aquí mi canario? Acaba de escapárseme de la jaula.

—¿Cómo era?

—Amarillo, con la cabeza muy oscura.

—Pues entónces no tenga Vd. cuidado, que ya está bien seguro.

—¿De veras?

—Sí, acaba de comérsele mi gato.

Burlándose una muchacha de un jóven que la hacia la corte, le dijo:

—No tengo inconveniente en concederle á usted una cita.

—¡Ah! ¿De veras?

—Espéreme Vd. esta noche á las nueve en el fondo del mar.

El jóven salió sin manifestar que se habia apercebido de la broma; al verla al siguiente dia la dijo:

—Anoche esperé á Vd. inútilmente, pues no se dignó acudir á la cita.

—Presumo que Vd. tampoco acudiría.

—Está Vd. en un error, y en prueba de ello aquí tiene Vd. dos perlas que cogí para que las luzca en sus orejas.

La niña le agradeció la galantería, citándole para aquella noche en el fondo... de un gabinete.

Un tomador detuvo en la calle á un provinciano, y figiendo ser amigo suyo le abrazó tiernamente sacándole al mismo tiempo el reló, mientras le decia:

—Ayer no le ví á Vd. en las carreras de caballos.

A este tiempo llegó uno de la policía, y deteniéndole exclamó:

—Pues yo acabo de verte ahora mismo en las carreras... de relojes.

Una mujer estaba tendiendo ropa en un sotabanco, y á causa tal vez de algun desvanecimiento cayó de cabeza á la calle á tiempo que pasaba una amiga suya, que al verla dijo:

—Pero mujer, ¿tanta prisa te corria saludarme?

Entró un sujeto en una peluquería para que le afeitasen, sentándose de espaldas al espejo; el peluquero, distraido ó no, empezó á jabonarle la cabeza, y luego se la rasuró. Terminada la operacion volvióse el otro, y presentándole la cara, dijo:

—Ahora córteme Vd. el pelo á media melena.
